

Silvia Schujer





www.loqueleo.santillana.com

© 2014, SILVIA SCHUJER
© 2014, EDICIONES SANTILLANA S.A.
© De esta edición:
2016, EDICIONES SANTILLANA S.A.
Av. Leandro N. Alem 720 (C1001AAP)
Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina

ISBN: 978-950-46-4658-7
Hecho el depósito que marca la ley 11.723
Impreso en Argentina. *Printed in Argentina.*

Primera edición: enero de 2016

Coordinación de Literatura Infantil y Juvenil: MARÍA FERNANDA MAQUIEIRA
Ilustraciones: NANCY FIORINI

Dirección de Arte: JOSÉ CRESPO Y ROSA MARÍN
Proyecto gráfico: MARISOL DEL BURGO, RUBÉN CHURRILLAS Y JULIA ORTEGA

Schujer, Silvia Graciela

La mesa, el burro, el bastón y otros cuentos maravillosos / Silvia Graciela Schujer ; ilustrado por Nancy Fiorini. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Santillana, 2016.

120 p. : il. ; 20 x 14 cm. - (Morada)

ISBN 978-950-46-4658-7

1. Literatura Infantil y Juvenil. I. Fiorini, Nancy, ilus. II. Título.

CDD 863.9282

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en, o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la editorial.

ESTA PRIMERA EDICIÓN DE 3.000 EJEMPLARES SE TERMINÓ DE IMPRIMIR EN EL MES DE ENERO DE 2016, EN ARTES GRÁFICAS COLOR EFE, PASO 192, AVELLANEDA, BUENOS AIRES, REPÚBLICA ARGENTINA.

La mesa, el burro, el bastón

y otros cuentos maravillosos

Silvia Schujer

Ilustraciones de Nancy Fiorini

loquelego

La mesa, el burro y el bastón

El de esta historia era un sastre que tenía tres hijos y una sola cabra. Como la cabra daba leche fresca para toda la familia, había que alimentarla muy bien: con pasto tierno, abundante y jugoso. De esto se encargaban los hijos.

Un día el mayor llevó a la cabra a un cementerio donde la hierba crecía vigorosa, la dejó que comiera hasta hartarse y a la hora de volver le preguntó:

—Cabrita, ¿estás bien llenita?

Y el animal respondió:

—Tan satisfecha me encuentro, que otra hoja no me cabe dentro.

Entonces el chico volvió a su casa y dejó a la cabra en el establo.

—Y bien —consultó el viejo sastre—, ¿comió?

—¡Ya lo creo! —respondió su hijo—. Tan llena está, que no le cabe nada más.

Pero el padre, desconfiado, fue al establo y, acariciando al animal, le preguntó:

—Cabrita, ¿estás bien llenita?

Y la cabra contestó:

—¿Cómo voy a estar llenita, si no probé ni una hojita?

—¡Mentiroso! —le gritó el padre al mayor—. ¡Dijiste que la cabra estaba llena y en verdad está muerta de hambre!

Furioso, empuñó un palo y echó al hijo de la casa.

Al día siguiente le tocó el turno al segundo. El hijo del medio buscó un buen lugar en el huerto y dejó que la cabra se hinchara de tanto comer.

—Cabrita, ¿estás bien llenita? —le preguntó para asegurarse. A lo que el animal contestó:

—Tan satisfecha me encuentro, que otra hoja no me cabe dentro.

—¡Vamos, entonces! —ordenó el chico. Y volvieron a la casa.

—Y bien —empezó el viejo sastre—, ¿la cabra comió?

—¡Y cómo! —le respondió su hijo—. Tan satisfecha está, que no le cabe nada más.

Pero el hombre, inseguro, fue al establo y preguntó:

—Cabrita, ¿estás bien llenita?

Y la cabra le contestó:

—¿Cómo voy a estar llenita, si no probé ni una hojita?

—¡Truhán! ¡Desalmado! —gritó el sastre—. ¡Hacer pasar hambre a un animal tan manso!

Y, enfurecido, echó de casa al segundo de los hijos.

Le tocó el turno al tercero que, para hacer bien las cosas, buscó un sitio de maleza frondosa y dejó que la cabra paciera a sus anchas. Al atardecer, preguntó:

—Cabrita, ¿estás bien llenita?

Y el animal respondió:

—Tan satisfecha me encuentro, que otra hoja no me cabe dentro.

—¡Entonces vamos a casa! —se alegró el menor. Y caminando despacio la condujo al establo.

—¿Y qué? —repitió el viejo sastre—. ¿La cabra comió?

—Tan satisfecha está, que no le cabe nada más.



Pero el hombre, cada vez más desconfiado, fue al establo a informarse.

—Cabrita, ¿estás bien llenita?

Y el animal protestó:

—¿Cómo voy a estar llenita, si no probé ni una hojita?

—¡Pandilla de mentirosos! —chilló el sastre. Y después de echar de la casa al tercer hijo quedó solo con su cabra.

A la mañana siguiente fue al establo y ordenó con ternura:

—Vamos, animalito mío, te voy a llevar a comer. —Y tomando a la cabra de la cuerda, la condujo a un lugar donde estaba el mejor pasto de la región. La dejó que comiera y jugara hasta la puesta del sol y solo entonces le preguntó:

—Cabrita, ¿estás bien llenita?

—Tan satisfecha me encuentro —respondió la cabra—, que otra hoja no me cabe dentro.

El viejo sastre volvió con la cabra a su casa y, antes de atarla en el establo, volvió a preguntarle:

—Cabrita, ¿estás bien llenita esta vez?

A lo que el animal contestó:

—¿Cómo voy a estar llenita, si no probé ni una hojita?

Al oír estas palabras el sastre creyó que se volvía loco. Se deshizo furioso de la cabra y, ahora sí, se quedó completamente solo. Solo y muy triste porque deseaba disculparse con sus hijos que, ni él ni nadie, sabía dónde estaban.

El mayor de los hijos del sastre había entrado de aprendiz en casa de un carpintero y había trabajado con

tanta aplicación que, al terminar el aprendizaje y despedirse, su maestro le regaló una mesita de madera. Una de aspecto común pero con algo especial: cuando la ponían en el suelo y le decían: “¡Mesita, cúbrete!”, inmediatamente se llenaba de manjares y buen vino. El muchacho pensó que con eso le alcanzaría para alimentarse el resto de su vida, así que decidió volver con su padre y compartir el prodigio. Durante la marcha se detenía donde se le antojaba, comía y después retomaba el camino.

Pero hete aquí que una noche entró a una posada llena de huéspedes que lo invitaron a cenar. El joven no quería restar un solo bocado de lo poco que había en esos platos, así que instaló su mesita de madera en el medio de la sala y ordenó:

—¡Mesita, cúbrete! —Enseguida, para sorpresa de todos, la mesa quedó cubierta de manjares.

—¡A servirse, amigos! —exclamó el carpintero. Y los invitados se acercaron y comieron hasta hartarse. Lo que más los fascinaba era que, en cuanto se vaciaba una fuente, aparecía otra igual y repleta.

El posadero miraba la escena desde un rincón y, cuando todos se fueron a dormir, escondió la mesita mágica que había quedado en la sala y la cambió por otra muy parecida que tenía en un desván.

A la mañana siguiente el muchacho pagó el hospedaje, cargó la mesita falsa y reemprendió su camino. A mediodía llegó a casa de su padre que lo recibió con los brazos abiertos.

—Y bien, hijo mío, ¿cómo estás? —le preguntó.

—Ahora soy carpintero, papá.
Y traje una mesita de regalo.

—¿Una mesa? —preguntó el
viejo sorprendido.

—Pero es una mesa encantada —replicó el mayor—. Cuando la pongo en el suelo y le pido que se cubra, enseguida se llena de manjares. Invitemos a todos los parientes y démosles bien de comer.

Una vez reunidos familiares y amigos, el carpintero instaló su prodigio en el patio.

—¡Mesita, cúbrete! —ordenó.
Pero la mesa no hizo caso y quedó tan vacía como cualquier mueble vulgar. Fue entonces cuando el joven se dio cuenta de lo que le habían hecho en la posada y sintió mucha vergüenza. Los invitados se le rieron en la cara y se fueron tan hambrientos como habían llegado.